

La nueva Biblia de la CEE (2011). Balance y perspectivas

Ignacio Rojas Gálvez, osst *

El pasado mes de enero se presentó en Madrid a bombo y platillo la nueva traducción de la Sagrada Biblia en la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. En ella se recoge el esfuerzo de veinticuatro especialistas. Si una buena traducción de la Biblia es fruto a un tiempo de la disciplina técnica y de la sensibilidad de sus traductores, la calidad de la traducción de esta nueva Biblia, amén de salvar las veinticuatro sensibilidades de sus traductores y de sus correspondientes escuelas, se ha visto obligada a elegir entre un lenguaje técnico (teológico) y un lenguaje litúrgico, entre un uso particular y científico y un uso más general y oficial, con pretensiones de versión oficial. El tiempo y su libre uso se encargarán de revalidar su intento y sus muy altas y eclesióásticas pretensiones

Recientemente, ha sido presentada la *Sagrada Biblia* versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. De por sí, una traducción no tendría porqué suscitar un enorme revuelo, ni ser objeto de profundos comentarios, debería ser algo lógico y casi normal que cada Conferencia Episcopal tuviera su versión oficial del texto sagrado. De hecho, la reciente Exhortación Apostólica *Verbum Domini* invita no sólo a la traducción de los textos sagrados a las diferentes lenguas, sino incluso a la formación de especialistas en este campo y a la inversión de recursos en ello (VD 115).

En nuestro caso, el de la *Sagrada Biblia*, versión oficial de la Conferen-

* Facultad de Teología de Granada.

cia Episcopala Española, el fruto cae del árbol después de no poco tiempo de maduración, quizá sea esto un aliciente para que el advenimiento de la misma haya suscitado deseos, curiosidades y no pocos interrogantes. Los trabajos oficiales comenzaron en 1995; así, después de quince años, tenemos el texto completo en nuestras manos; no obstante, si pensamos en la prehistoria de nuestra traducción nos hemos de remontar a los años sesenta y a la pluma, ingenio, ciencia y finura del P. Luis Alonso Schökel.

***Traduttore traditore*
o los problemas de una traducción**

Traduttore traditore (lit.: *traductor traidor*) así reza el conocidísimo y recurrente proverbio italiano tan poco querido por los que se dedican a la traducción de textos, y que tiene más de tópico que de verdad. Con este dicho en forma de paronimia se pretende advertir sobre la posibilidad de que una «traducción traiciona», o, que puede ser traicionera. Tomémoslo en tono positivo y leamos en él una advertencia sobre las dificultades que encierra toda traducción.

La traducción de un texto es siempre una tarea ardua. El traductor

no pretende traducir palabra por palabra, sino que su intención se orienta más a captar la esencia del conjunto del libro y la intencionalidad del autor y, en nuestro caso, un autor del que nos separa una distancia de tiempo considerable. Ello supone un abundante conocimiento técnico, sea en el dominio de la lengua a traducir, en el acercamiento a las fuentes originales, en el vasto conocimiento cultural del ambiente en que nacieron los textos (cultura, época, costumbres...) y, cómo no, en la situación en que se encuentran los destinatarios de la obra. Si esto es común a cualquier traducción, a todo ello, hemos de sumarle que no nos encontramos ante la traducción de un texto cualquiera sino ante la traducción de un texto religioso que acumula milenios de existencia, que encierra múltiples tradiciones y que se mueve en diversos mundos culturales que han empleado diferentes lenguas.

Los traductores, generalmente, distinguen entre traducciones técnicas y literarias. Por decirlo en pocas palabras, las traducciones técnicas exigen escrupulosidad a la hora de trasladar el texto, por ejemplo, a la hora de traducir un manual de instrucciones la precisión debe ser milimétrica, pues un pequeño error supondría el desvarío de todo el conjunto. En cam-

bio, las traducciones literarias son un arte, el lector debe percibir los sentimientos, las situaciones, la tragedia, la pasión... En el caso de la Biblia, por ejemplo, la súplica orante, la relación entre Dios y su pueblo fundada en el concepto de alianza, etc. En este segundo tipo de traducción, el traductor debe hacer de intérprete para transmitir a sus contemporáneos con palabras comprensibles, no sólo las palabras, sino toda la vida que encierra un texto, puede elegir sinónimos, variar la construcción de las frases..., pero sin adular el mensaje.

En la traducción de los textos sagrados, en cierta manera, se deben conjugar ambos tipos de traducciones: la técnica y la literaria. Se debe ser fieles escrupulosamente al mensaje que es Palabra de Dios y, a la vez, artistas para traducir a nuestro hoy, con un lenguaje comprensible y actualizado, dicho mensaje que continúa siendo Palabra viva y eficaz para el hombre de cualquier época.

Es cierto que toda traducción se debate en la paradoja, así lo expresó el filósofo y teólogo alemán F. Rosenzweig en su lapidaria frase: «Traducir es servir a dos amos», al extranjero en su obra, al lector en su deseo de apropiación. Una paradoja que revela la tensión entre el autor extranjero y el lector que

habita la misma lengua que el traductor.

La Sagrada Biblia que tenemos en nuestras manos ha tenido que vérselas con esta paradoja. Los veinticuatro especialistas que han trabajado en ella han debido compaginar ciencia y arte para devolver a los creyentes de lengua española la Palabra de Dios y han tenido que debatirse entre la tensión que provoca, por un lado, el diálogo con autores extranjeros, lejanos en el tiempo, cuyas palabras humanas expresan el mensaje divino y, por otro, el diálogo con sus contemporáneos.

Fidelidad y actualización, ¿es más fiel a los originales esta traducción que otras?

Creo que desde el punto de vista técnico hemos de evaluar algunos aspectos en la nueva traducción. Me parece justo que sea este el primer interrogante que nos planteemos al encontrarnos con un texto de las dimensiones y características de la *Sagrada Biblia* recientemente publicada. Podemos preguntarnos, ¿está mejor traducida que otras?, ¿es más fiel a los originales?, ¿no son ya válidas las anteriores? ¿No caerá este texto en las mismas «trampas» que cualquier otra traducción?

Hemos de partir de la idea que la traducción que se nos propone no es más fiel ni menos que otras a los textos originales. Me explico. Es cierto que la fidelidad al original es un tema fundamental a la hora de realizar una traducción, pero ¿qué entendemos por fidelidad? Cuando traducimos podemos quedarnos simplemente en el hecho de transmitir una idea tal y como la captamos, o también podemos correr el peligro de creer que la meta de una traducción es captar el sentido que tenía para los destinatarios inmediatos: «esto significa esto». De por sí, estas dos formas de traducir son «fieles».

Llegados a este punto, es necesario recordar que la Biblia es Palabra viva y que para el traductor bíblico una premisa indispensable es que el mensaje que se transmitió a unos interlocutores en una determinada época llegue a los destinatarios de hoy. Traducir una Biblia no es un trasvase de palabras de una lengua a otra. Creo que la clave para evaluar la fidelidad de un texto es, sin duda, el mensaje. No se trata sólo de ver qué ha significado un texto para una cierta generación, si bien, esto es importante, más bien se trata de transmitir qué significa para nuestros contemporáneos, evitando expresiones que puedan provocar confusión o que sean incompre-

bles, evidentemente, sin ir en detrimento del uso correcto del lenguaje.

Creo que este proceso de actualización es la intención fundamental de la nueva traducción de la Biblia, que tiene claramente una perspectiva pastoral, como veremos posteriormente. No obstante, no podemos ser ingenuos. Traducir significa optar porque ante los ojos del traductor se abre un rico panorama de posibilidades. Esto implica que ciertas expresiones más acertadas desde el punto de vista técnico, según mi parecer, pueden haberse quedado por el camino y otras, con acierto, han sido modificadas.

Vayamos a los ejemplos para iluminar cuanto sugiero. Técnicamente, como biblista, me parece acertada la modificación del conocido himno de la carta a los filipenses, en el que en la nueva traducción se proclama: «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios» (Flp 2,6). Ciertamente, recoge mejor el uso paulino del término griego *arpagmon* (*avídamente*), como señalo arriba la elección es más técnica. No obstante, no puedo negar que, aún siendo más técnico, resultará extraño a los oídos de quienes en la liturgia están habituados a escuchar y a orar con la conocida expresión: «no hizo alar-

de de su categoría de Dios». Pero tengamos en cuenta que no es lo mismo la «avidez», asociada al intenso deseo de aferrarse a algo, que el hacer «alarde», vinculado a la ostentación.

En detrimento encuentro, en cambio, como ya han hecho notar algunos autores más cualificados que yo, estilos lingüísticamente diferentes a los litúrgicos. Es cierto que los autores bíblicos son diferentes y que los traductores también, pero quizá la unificación del estilo lingüístico hubiera dado mayor belleza al texto y a la unidad del conjunto.

Volcar al español la Sagrada Escritura, ¿es más comprensible esta Biblia?

Nos hemos hecho una pequeña idea de lo que significa afrontar un texto «extranjero» que, además, para el creyente es la forma escrita de la Palabra de Dios. El texto pretende recoger dicha Palabra y expresarla con los recursos literarios de nuestro lenguaje, lo cual implica que los traductores han de esforzarse por ser literatos y, en ocasiones, resulta evidente que no todos lo son.

De nuevo, la pregunta nos hace reflexionar: ¿es más comprensible esta Biblia?, ¿su lenguaje es más

llano? Sin duda, la nueva traducción de la Biblia pretende hacer más accesible la Palabra a los creyentes de lengua hispana. En sus pocos meses de vida circulan «colecciones» que recogen con más o menos perspicacia las modificaciones lingüísticas destinadas a hacer más asequible el acceso a la Palabra de Dios. Me remito solo a un par de ellas, a modo de ejemplo, seguro de que el lector interesado encontrará en su lectura de la Palabra las «novedades» que aparecen en la traducción.

Una de estas novedades más comentadas y, por qué no decirlo, más cuestionadas, la encontramos en el *Cántico del Magnificat* (Lc 1,48), donde para hacer más comprensible a nuestros contemporáneos la situación que canta María, se sustituye la expresión «la humillación de su esclava» por «la humildad de su esclava». Podría pensarse que la primera traducción incluía una connotación acerca de la condición social de María, mientras que la segunda puede entenderse más en clave espiritual. No nos compete en este momento profundizar sobre el tema pero, sin duda, creo que en breve será un argumento de no pocos debates.

Otro ejemplo lo encontramos en el episodio del «óbolo de la viuda» que recoge Marcos en su evangelio (Mc 12,41). En los textos origi-

nales reza la moneda en circulación de la época (*dos leptas*), en cambio, la traducción actual ha preferido acercar el texto al lector traduciendo «dos monedillas, es decir, un cuadrante». Conviene notar a este respecto que la nota a pie de página recoge la expresión literal y su significado. Sin duda, según mi parecer se trata de un cambio acertado.

A este propósito parece más que evidente que la intención de la traducción es acercar la Palabra de Dios al pueblo; por ello, es importante subrayar que se trata de un texto traducido no para el estudio exegético ni científico, sino para la lectura creyente en el seno de la Iglesia. Aunque me reitero, creo que es importante tener claro este punto, sobre todo por lo que respecta al lenguaje. Que nadie espere encontrar ni en las notas a pie de página, ni en las introducciones desarrollos de tipo filológico ni grandes explicaciones de carácter teológico. No es la finalidad de esta traducción.

El contenido teológico: textos normativos para la fe de la Iglesia

Como acabo de mencionar, la *Sagrada Biblia* contiene también introducciones a cada uno de los li-

bros. Éstas no pretenden ser más que una ayuda para situar al lector en ambiente (origen y composición), en la estructura del texto dando líneas generales sobre la disposición y contenido del mismo y, por último, las líneas teológicas esenciales. En algunos casos estas últimas muy condensadas. Igualmente, las notas a pie de página tienen fundamentalmente la intención de sugerir, aclarar o relacionar textos entre sí, dando pinceladas de carácter histórico, literario y teológico.

Teológicamente, una traducción es importante. Es cierto que no pocos autores sostienen que «los textos originales son inspirados, las traducciones no». Quizá a este respecto es importante recordar la valoración que sobre las traducciones hizo en su día el Card. Carlo María Martini cuando afirmó que en ellas podemos ver la «inspiración en sentido análogo» en la medida en que reflejan la realidad originaria.

Un contenido teológico clarificado, según mi parecer, lo encontramos en la difícil expresión de la carta a los romanos 8,3: «Dios envió a su Hijo encarnado en una carne pecadora como la nuestra...» (cf. *Liturgia de las Horas*, I, vísperas del 4 de enero). Un amigo me comentaba que esta expresión le causaba cierto reparo, pues decía que da la impresión de que el tex-

to hace referencia al pecado de Jesús. La expresión puede causar no poca confusión entre los creyentes, a pesar de ser éstos conocedores de que Jesús asumió en todo nuestra condición excepto en el pecado. Léanla despacio. La nueva traducción, en cambio, acaba con este entuerto teológico traduciendo: «enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado», más acorde con el original que utiliza la expresión «en omoiômati» y menos confuso para el lector.

Por tanto, las pinceladas teológicas que acompañan a los textos tienen una clara finalidad pedagógica, aunque a este respecto he de decir que para un lector poco versado en la materia no resultarán de fácil comprensión, si bien, es cierto que son introducciones y no tratados. Me atrevería a concluir este apartado diciendo que teniendo clara la finalidad pedagógica y pastoral de la traducción a cualquiera que se asome al estudio teológico le serán necesarias otras traducciones con las que confrontar. De hecho, como veremos más adelante, la Conferencia Episcopal se ha pronunciado al respecto.

Un único texto pastoral y litúrgico

Quizá una de las preguntas que más hemos escuchado desde la

publicación de la nueva traducción ha sido si realmente necesitamos otra traducción de la Biblia. La respuesta puede sorprender. Esta es la que necesitamos ahora pero no necesitamos una, con el tiempo necesitaremos otras. Creo que los dos criterios que han guiado esta traducción –fidelidad y actualización– pueden servirnos para comprender bien que siempre es necesario traducir.

Siempre es necesario tratar de acercar la Palabra al mundo, y más a un mundo de continuos cambios donde incesantemente se crean nuevas expresiones idiomáticas y, del mismo modo, otras pasan al desuso, y todo ello con una rapidez inusitada. Traducir la Biblia es un paso necesario para que se produzca el encuentro de la Palabra con nuevos destinatarios. Como recuerda Carlo Buzzetti: «Una traducción bíblica prolonga una actitud bíblica originaria, que es un hecho vistoso e innegable de todo ambiente y época, de la historia hebrea y cristiana, la Biblia para que se convierta en objeto de comunicación siempre más amplio, es conservada y lingüísticamente transformada» (en «La traduzione de la Bibbia nella missione della Chiesa», *Ad gentes*/2, 2003).

La nueva traducción de la Biblia pretende ser signo de comunión y de unidad, así ha sido presentada.

Quiere llegar a ser un único texto común para las actividades pastorales de la Iglesia; se convertirá en el texto oficial que debe aparecer en los libros de religión, en los libros de catequesis, se propone para los encuentros orantes y las asambleas eclesiales y, por supuesto, para las celebraciones litúrgicas sacramentales o no.

Llegados a este punto, convendría apuntar que la *Sagrada Biblia* viene acompañada de un índice litúrgico que pretende, a modo de guía, ayudar al lector a adentrarse en el ritmo litúrgico de la Iglesia para realizar su lectura creyente, pudiendo establecer las relaciones entre las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Ciertamente, esto tiene de positivo, y esta es la intención básica, que los fieles se familiaricen con un mismo texto de las Escrituras y escuchen las mismas palabras en la liturgia y las diversas actividades eclesiales. A este respecto, me viene a la memoria un grupo de Biblia con el que me reúno semanalmente y, normalmente, cuando concluimos la lectura del algún texto siempre hay alguien que comenta: «Mi Biblia no dice eso» o «Yo tengo otra cosa diferente en mi Biblia». Se pretende evitar esta confusión.

No obstante, también es lícito preguntarse si esta traducción exclu-

ye a otras traducciones muy calificadas que ya teníamos y cuyo uso pastoral era apreciado, incluso su bella expresión literaria querida por los creyentes. Sirva una conocida cita de Miguel de Cervantes para responder a esta pregunta en sentido positivo:

«... y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento» (*Don Quijote de la Mancha*, parte I, cap. 6).

Si Miguel de Cervantes supiera cuánto y cómo ha sido traducida su obra *Don Quijote de la Mancha*, seguramente, o cambiaría en positivo su juicio o endurecería sus palabras, según el caso. No obstante, algo de verdad esconde esta sentencia de nuestro literato más universal.

La nueva traducción no anula, ni tampoco creo que tenga la pretensión de «condenar» otras traducciones. Parfraseando la cita cervantina me permitiría decir que todas las traducciones tratan de alcanzar «el punto... de su primer nacimiento». Todas las realizadas según los criterios del Concilio Vaticano II tienen aprobación, están realizadas por traductores y exegetas cualificados y, por qué no, merecen ser usadas. La cuestión es

que la *Sagrada Biblia* ha sido adoptada por nuestra Conferencia Episcopal como su versión oficial.

¿Qué quiere decir esto? La misma CEE da tres motivos para explicar la oficialidad de este texto: el primero es que ha sido un encargo de la Conferencia Episcopal, el segundo es que ha sido aprobada como tal por su Comisión Permanente (2008) y el tercero es que contiene el texto bíblico que será utilizado desde ahora en los libros litúrgicos de la CEE.

En definitiva, quiere decir que la Conferencia Episcopal española desea que esta traducción sea empleada en la liturgia, en la pastoral y en los diferentes ámbitos de la existencia cristiana y que sea este el texto de uso común por los creyentes. No obstante, como advertía precedentemente, tal y como aparece en la instrucción pastoral de la CEE llamada *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia* (2008), el carácter singular de las clases de teología «justifica, lógicamente, que en él se recurra con mayor frecuencia a otras traducciones...» (cf. n. 14).

¿Dónde dije «digo», digo «diego»?

Quizá este tono de oficialidad, todo hay que decirlo, ha podido

despertar ciertas suspicacias y dudas sobre la legitimidad del texto. En nuestro país no estamos acostumbrados. Tratando de ponerme al día de cuanto se ha comentado acerca del nuevo texto me he encontrado con un *blog* que presenta la traducción bajo el título también parónimo: *¿Dónde dije «digo», digo «diego»?* Tratando de ver en el nuevo texto una domesticación jerárquica del texto sagrado. La oficialidad de una Biblia, como decía al inicio, no nace de la idea de un «iluminado» de nuestra iglesia española, es desde hace años una realidad en otras iglesias europeas (véase, por ejemplo, el caso de Italia y su versión oficial, la llamada Biblia de la CEI) y, además, es un deseo no sólo de la Conferencia Episcopal, sino también de grandes y reconocidos exegetas de nuestra Iglesia.

Sí me preocupa, en cambio, que se pueda pensar que el texto está domesticado. Como hemos venido reflexionando, traducciones perfectas no existen y definitivas tampoco. La traducción continúa, es una realidad viva. Pero conviene tomar conciencia que por muy oficial que sea un texto o no, nunca una traducción contempla la posibilidad de corregir el texto y de amaestrarlo para nuestros intereses, cuanto menos un texto sagrado que es normativo para la vida

de los creyentes y acogido y transmitido como Palabra de Dios. El tan conocido proverbio español no hace justicia a esta ni a ninguna traducción honesta de la Escritura que pretende ser fiel al diálogo que Dios quiere entablar con el hombre.

Conclusión

Será un camino lento, nos costará, tendremos que habituar nuestros oídos a nuevas expresiones, la

gente de a pie nos preguntará «¿por qué antes se decía así y ahora de esta otra manera?», en ocasiones, la curiosidad nos llevará a acercarnos a otras traducciones para contrastar. No estaría mal que con espíritu crítico hiciéramos el ejercicio de preguntarnos el porqué de ciertos cambios y que tratáramos de indagar e informarnos. A pesar de todo, lo cierto es que esta es nuestra Biblia, la Biblia que la Iglesia de España ha elaborado y acogido como versión oficial. ■